entre ricos y pobres no pueden decirse de manera más simple y pedestre; lo mismo ocurre con las observaciones a los libros que va leyendo el pichón de cura. De Dostoievski a Flaubert los comentarios de sus obras pasan de ser ingenuos a ser llanamente candorosos. Pero esta obra, narrada en clave antioqueña, de un momento a otro se nos convierte en otra cosa cuando el cura, ya en su ejercicio de párroco, se va enamorando de una bonita señora de su feligresía. Es entonces Corín Tellado quien hace los diálogos y las reflexiones del sacerdote sobre la castidad, las tentaciones de la carne, el matrimonio, la fidelidad etc., etc., de una manera asaz convencional que resulta jocosa, por decir lo menos. Y una y otra vez se distancia de su amante, para luego volver, tal como nos sucede en la vida real, pero pasa que en la literatura no se puede abusar del lector y un escritor está en la obligación de obviar todos esos avatares para bien del relato, y no llevarnos en ese calvario repetitivo que como seres de carne y hueso padecemos, porque tenemos la recompensa del amor y del cuerpo.

El lenguaje, es "correcto", la novela está bien "redactada", pues Fernández Botero es un hombre culto y sabe escribir, pero creo que está lejos de ser un artista y el lenguaje que utiliza no nos seduce ni nos conmueve. Las obras de arte nos estremecen y nos dejan en "ese no sé qué que quedan balbuciendo" que decía san Juan de la Cruz. Discrepo de Belisario Betancur cuando dice en el prólogo que Como dos extraños de Fernández Botero, es "una hermosa e inesperada obra de arte".

El final es chistoso, sin que ese sea su propósito: la mujer resulta embarazada y hay una crisis moral que lleva al cura a una total desesperación, pues el aborto es la única solución al problema. Un pariente del párroco ha aparecido páginas atrás y es un personaje que no tiene la menor relevancia dentro de lo que se cuenta y que, de una manera traída de los cabellos, aparece en los últimos párrafos muerto, abrazado y desnudo junto con la mujer -que es la mismísima amante del cura- a quienes el esposo enloquecido por los celos acribilla a balazos por su infidelidad. En el epílogo, el cura se suicida convertido en guerrillero. Adivinamos que tomó ese rumbo y esa decisión por la crisis personal y moral en la que lo sumió su disyuntiva sobre el aborto y la infidelidad de la infiel con su pariente.



Cualquier persona tiene derecho a ensayarse como escritor, como novelista, eso no está prohibido. Ni más faltaba. Pero, de manera respetuosa considero que Eduardo Fernández Botero le aportó más al país como jurista y fundador de universidad, que como novelista.

Fernando Herrera Gómez

Hecha para la madre patria

Tres ataúdes blancos ANTONIO UNGAR Editorial Anagrama, Barcelona, 2010, 284 págs.

ESCRITA EN Palestina, la tercera novela de Ungar es el noveno libro de un autor colombiano publicado por la Editorial Anagrama y Ungar el primer nacional que gana el Herralde, premio español a la medida de su mercado, que se entrega desde 1983 y se publica en la Colección Narrativas hispánicas. La historia de Tres ataúdes blancos transcurre en 2019 en la imaginaria República de Miranda. Tomás del Pito ha sido legítimo presidente por veinte años y quiere continuar siéndolo; Pedro Akira, opositor, 33 años, líder del Movimiento Amari-

llo y candidato por ese partido político, es el único que podría derrotarlo en elecciones; sin embargo, meses antes de que estas se realicen, es asesinado. En el barrio La Esmeralda vive José Cantoná, algunos años menor que Akira y quien físicamente se le parece mucho; la novela trae la fallida historia de la suplantación del difunto por parte del vivo.

En la novela pueden reconocerse, tanto a simple vista como por sus características, tres cuerpos narrativos distintos; el primero -titulado "Antes de empezar"-, narra la vida del protagonista el día del asesinato de Akira, el mismo en que le ofrecen sustituir al finado; el segundo, corresponde a once capítulos numerados que ocupan dos terceras partes del libro; el tercero -titulado "Después del final (el principio)"-, comprende treinta cartas, dirigidas a un tal Lorenzo, escritas como catarsis y nunca enviadas por Ada Neira desde Bonn, donde ha sido madre.



El protagonista de la historia es un personaje curioso: afecto a la holganza, hace más de doce años terminó el bachillerato, estudia en la universidad, pesa cien kilos y le gusta el alcohol; por la narración de la primera parte, puede suponerse que es neurótico, impresionista y amigo de la precisión y la ironía; es un narrador chistoso que escribe y se refiere a su lector como si este le estuviera oyendo y la narración, descriptiva y metaficcional, no fluye recta sino sinuosa; el narrador se engolosina con las palabras, con sus chuscas ocurrencias, es consciente del artificio de su narración. Los párrafos que se alternan de

la primera a la tercera persona, exigen a su lector compromiso: "Recapitulemos. Ya sabe el que escucha (...) vayamos con el héroe-narrador (...) de vuelta a mí mismo pensé" (pág. 17). La mañana del asesinato de Akira, Cantoná tras tomarse once tragos y hacer ejercicio por cinco minutos, sale de su casa en pijama y bata a hacer un mandado (pág.16); por su carácter antisocial es objeto de burlas en el barrio, ese día le tiemblan las rodillas y suda copiosamente, en la tienda se desmaya (pág. 23). La primera parte es un buen ejercicio de estilo, que incluso, como el comienzo de las otras dos novelas de Ungar, funcionaría como historia independiente, de ser suprimida no se afectaría la sustancia de la novela. El único motor de la acción allí presente es Jorge Parra, un personaje que habría podido aparecer también desde el inicio de la segunda.

En la primera parte, la forma va acorde con el contenido, hay varias reflexiones en torno al poder, al poder del discurso y al poder del narrador de construir con palabras, eso es lo mejor de la novela.

La segunda parte es intensa y veloz, narrada en primera persona por un Cantoná comprometido ahora con la causa del Movimiento Amarillo, actitud muy diferente a la exhibida en la primera parte. Si antes parecía un desadaptado ahora es un sujeto digno de un destino trágico. Al inicio de la historia salvo consumir licor parecía que nada le importaba, ahora aparece profundamente político e ideologizado, lector y analista de la prensa nacional e internacional, razona, reflexiona y define las intenciones tras los textos: la sumisión de los periódicos locales y la objetividad imperial de los foráneos. Cabe anotar que tras aceptar la suplantación, pese al carácter delicado de su misión, no se concentra del todo en el asunto y aprovecha cualquier oportunidad para volársele a su escolta. A medida que transcurren estos once capítulos numerados la calidad de la narración va disminuvendo.

Mientras el thriller avanza, también va creciendo el culebrón de la historia de amor entre Cantoná (disfrazado de Akira) y la enfermera Ada Neira; el noviazgo dura lo mismo que el disfraz. Al final del libro, gracias a la correspondencia contenida en la tercera parte, el lector conoce el nombre real de José Cantoná y concluye que la historia que acaba de leer es un texto de su autoría. Ada cuenta en las cartas, que Cantoná usó seudónimos en el manuscrito para ocultar nombres de personas y de lugares, es decir, que por alguna razón Cantoná se censuró y enmascaró la información; los nombres reales en las cartas de Ada, aparecen tachados con una línea negra gruesa como ocurre con ciertas palabras o frases de los documentos secretos cuando son desclasificados. Lo que Cantoná ocultó con palabras, Ada, o el editor del manuscrito, lo oculta con tachones, a la autocensura del autor se suma la censura del editor. Sorprende que el Cantoná de esta tercera parte, solo referido por Ada, vuelva a ser el nervioso e irresponsable de la primera y no el comprometido y osado de la segunda. El final abierto es tradicional en Ungar; su primera novela finaliza con cinco fragmentos de un diario que dan la sensación de que la novela más que finalizar se interrumpe. Con las treinta cartas de Ada Neira al final de Tres ataúdes blancos, el lector experimenta un interruptus similar.



A lo largo de la novela el hilo narrativo no es homogéneo. La primera parte, por ejemplo, no cuadra con el conjunto porque ni estilística ni argumentalmente está conectada con él. El Cantoná despreocupado en la primera parte sorprende por su nivel de compromiso en la segunda; el irresponsable muda en temerario, ahora tiende a escaparse de la escolta que tiene asignada para su protección. No obstante, no se entiende cuál es la razón argumental de las escapadas que durante la segunda parte protagonizan Ada y Cantoná y que llevan sus pasos dando tumbos por la ciudad, si se trata de mostrar a Cantoná como un rebelde descreído de la autoridad o influido por Ada, o si hay alguna oculta aunque no evidente intención narrativa.



Miranda es un país a la medida del imaginario europeo: corrupto, atrasado culturalmente, con guerrillas y refugio ocasional de nazis; una república bananera cuyo nombre remite al país imaginario de donde era oriundo el embajador Rafael Costa en El discreto encanto de la burguesía de Luis Buñuel.

Lugares y personajes secundarios, con nombres cambiados, están inspirados en modelos reales: un presidente todopoderoso, clase media, de provincia, menudo de talla, afecto al campo y afectado en sus maneras, que habla en diminutivos con un lenguaje pobre y lleno de lugares comunes y eufemismos. Un vicepresidente dueño del periódico más importante del país. Un ministro cortesano propietario de noticieros. Un golfista mediocre que siempre es noticia en la prensa así nunca gane nada. Un candidato de oposición, de un partido Amarillo, que entre sus principales cuadros tiene un exsindicalista gordo y un exguerrillero con prótesis. Hay una marcada voluntad de sátira que quizá funcione por fuera; a un lector que conozca el contexto le quedará la sensación que a la novela le faltó universalidad

dándole mucha importancia a pequeños modelos domésticos.



Una de las más fecundas tradiciones de la novela latinoamericana es la que tiene que ver con el poder -sus estadios, entresijos y alrededores-, una ambición por la cual se trabaja y se lucha y que alcáncese o se arrebate genera mucho apego. En esa tradición deben incluirse infinidad de novelas de tema político, de dictadores, de guerrilleros, entre muchas otras; a esa tradición se suma la novela de Ungar. En general, las novelas de dictador son novelas de personaje cuyo foco recae en el dictador. Tres ataúdes blancos en cambio, es una novela que reflexiona sobre el poder corruptor del poder, con un dictador modelo siglo XXI, esto es, el elegido y reelegido democráticamente. También es -como las otras dos novelas de Ungar-, una reflexión sobre las familias disfuncionales. Todas ellas principian con imágenes del padre del protagonista; esos comienzos están entre lo mejor que ha escrito. Sus dos primeras se sentían más autobiográficas e íntimas, cuando es íntimo abunda en imágenes, cuando no abunda en acciones. También es agudo, en Tres ataúdes blancos lo que no consiguen los enemigos del Movimiento Amarillo, lo terminan haciendo correligionarios venales que entregan su causa por ambiciosos y acomodados. De manera nada ingenua, Antonio Ungar pone su particular don para la observación al servicio de ratificar que no hay unos políticos mejores que otros, y que la democracia es el sistema menos malo.

Hay escritores que por años invierten tiempo y energía en cultivar un género equivocado, a veces tardan años en darse cuenta del error y, en ocasiones, mueren sin notarlo. Ha sido tradicional, incluso entre los propios escritores considerar el cuento como un género de calistenia narrativa, hermano menor de la novela; suele ser costumbre que el primer libro publicado corresponda al género. En algunos pasajes de sus diarios recogidos en La tentación del fracaso se siente a Julio Ramón Ribeyro frustrado porque las novelas que se empeña en escribir no le salen como él quiere, al parecer nunca cayó en cuenta de que la novela era para él un género equivocado. Como Ribeyro, Ungar es del tipo de escritor a quien le sale mejor el cuento que la novela. Sus dos libros de cuentos están mejor acabados, en ellos se percibe una mayor voluntad de estilo; es como si al tener un material de poca extensión lo controlara mejor v pudiera pulir las frases una v otra vez; en su cuentos Ungar economiza al máximo, su estilo sobrio transmite distancia entre el narrador y su material, como si aquel tuviese desinterés por el drama.

Las novelas de Ungar no se construyen quitándoles, como sus cuentos, sino por acumulación. Zanahorias voladoras (2004) -salvo el primer fragmento-, es el recorrido de un personaje por varios puntos de la geografía mundial sin plan determinado, un itinerario turístico hecho al capricho de las borracheras y las crudas; Las orejas del lobo (2006) es una sumatoria de fragmentos de la infancia del protagonista. Del primer par de libros, colecciones de cuentos ambiciosas e interesantes, pasó al segundo par, de novelas autobiográficas sin ninguna arquitectura. Los protagonistas de las novelas de Ungar son hombres móviles en las dos acepciones de la palabra: volubles y cambiantes, y afines con el desplazamiento. No se hallan a sí mismos, ni se sienten hallados en ningún lugar.

Pese a que el destinatario se encuentra en Europa hay que decir que la novela es un libro colombiano en más de un sentido. El libro es fabricado acá, un Anagrama hecho en Colombia, aunque en la pasta (más delgada), el papel (de mala calidad) y el precio (más accesible) difiere de los Anagrama hechos en España. Sin embargo, en la edición para Colombia, la fotografía de portada que muestra dos patrullas Citroën –las usadas por la policía de Madrid–, con muy poco esfuerzo y algunas ganas se habría podido cambiar por otra imagen, o bien un motivo más local, al menos más latinoamericano, o bien por uno más universal, quizá menos específico.

Los premios de las editoriales españolas encierran trampas para los compradores desprevenidos: son textos escritos para mercados específicos que al autor le dan dinero y notoriedad y que al editor le salen muy baratos en promoción y por lo mismo rentables; además, terminan siendo una nueva forma de imperialismo cultural, lectores latinoamericanos que leen escritores latinoamericanos solo si antes son legitimados en España.



Hay que ver esta novela como ejemplo de una nueva matemática editorial, que parte de la siguiente ecuación comercial: 1. El sujeto y el lugar de enunciación de las novelas; 2. La mediación que de ellas hacen los premios; y 3. El consumidor final de ese producto; aplicando la fórmula en este caso: la novela escrita por un colombiano en el Medio Oriente (colono en colonia), el premio parido en la madre patria (hegemonía de la hegemonía) y el lector que aunque gaste en euros o en pesos siempre será cliente. Vale la pena preguntarse: ¿se escribe igual desde Europa o Palestina que desde Latinoamérica? ¿Acaso el lugar en el

que se escriben las ficciones define el qué y el cómo se imagina?

Carlos Soler

"¡Yo pa' qué calzones!"

Cristina se baja del columpio ÓSCAR HERNÁNDEZ MONSALVE Editorial Lealon, Medellín, 2009, 271 págs.

EN EL prólogo que el poeta Juan Manuel Roca hace a Cristina se baja del columpio, novela del escritor y periodista medellinense Óscar Hernández Monsalve (1925), salta a la vista la que sin duda resulta la característica fundamental de una obra compuesta en su mayoría por libros de poesía1, esto es, su sencillez: una obra "escueta, sin oropel, [que busca] limpias palabras con el mayor acento de humildad", según reza una de las notas de contracubierta escrita nada menos que por don Otto Morales Benítez2. La vida de Hernández explica dicha apuesta. Dedicado por muchos años a ejercer el periodismo en medios radiales como La Voz del Triunfo o Radio Sutatenza; trabajar para los diarios El Espectador, El Obrero, El Colombiano y la revista Estampa; pertenecer al círculo literario de la llamada "Bella Villa" antioqueña,

1 . Se cuentan entre sus libros, los títulos Poemas del hombre (1950), Mientras los leños arden (cuentos, 1955), Las contadas palabras (poemas, 1958), Antologia de la poesía antioqueña (1961), El dia domingo (crónicas y ensayos, 1962), Habitantes del aire (poemas, 1964), Al final de la calle (novela, 1966, Premio Literario Esso 1965), Versos para una viajera (1966), Poemas de la casa (1966), Del amor y otros desastres (poemas, 1978), Las contadas palabras y otros poemas (1987, 2007), Después del viento (poemas, 2001), Papel sobrante (notas periodisticas, 1976), y Hoy besarás y habrá buen tiempo (poemas, 2009). 2 . Sobre el particular, baste decir que la edición de esta novela adolece por lo mucho de una correcta impresión dado que el papel de carátula y el diseño resultan considerablemente pobres. Además, aparte de las notas 'publicitarias' de su contracubierta -que incluyen elogios de Fernando González, Eduardo Zalamea Borda, Javier Arango Ferrer y Uriel Ospina Londoño-, a lo largo del libro no se ve ninguna nota biobibliográfica que nos hable de Óscar Hernández, de quien apenas se da cuenta en los citados textos posteriores y en el prólogo de Juan Manuel Roca.



junto a León de Greiff, Fernando González, Manuel Mejía Vallejo y Alberto Aguirre: Hernández llegó a ser también libretista en RCN, componer y actuar, además de acercarse cual hijo de vecino a oficios tan dispares como la construcción, el boxeo, el fútbol, la labor editorial, la docencia universitaria, los seguros de vida o la vida nocturna y las cantinas -Hernández tuvo a su cargo un par de ellas-, lugares que alimentan en algo la creciente sordidez que atropella a los personajes de esta novela, el neón de los avisos nocturnos, la calle y sus viandantes, la epidermis siempre latente de una ciudad colmada de historias por contar.

Afirma Roca: "Se trata de una narración basada en el recuerdo que entrelaza una vida patibularia, barriobajera, que no extorsiona al pasado desde
el mero ángulo maniqueo de la miseria humana (...). No hay verbosidad,
alardes de honduras psicológicas sino
pura y monda observación del mundo
(...)". Cristina se baja del columpio es,
pues, la visita inocente y a la vez descarnada al imaginario precoz de una
niña llevada al borde de la realidad,

La historia de Cristina -continúa Roca en su prólogo- está enlazada a su infancia y aún en futuro y precoz oficio prostibulario no deja, por malformación, por ignorancia o por otras instancias propias de una sociedad inmadura, de tener un alto sentido de inocencia. A veces de una brutal, de una perversa inocencia.

Son seres, los habitantes de esta novela, de una poderosa carnadura humana, contradictorios y atrayentes. [...] Cristina encara los días como si en el vaivén del columpio de su parque subiera para ver un mundo ancho y más que ajeno, y en su descenso tuviera que darse de bruces con una realidad vejada que la niñez por momentos ennoblece.



En un principio, el aire que ronda esta novela nos pone en una seria disyuntiva. Al estar elaborada en un vaivén entre el relato en segunda persona que parece querer interrogarnos de manera constante desde una forma de subjetivación del discurso excesivamente poética, hasta llegada una primera persona configurada sin alambicamientos del lenguaje, pero condicionada todo el tiempo por una conciencia que aunque neutra, resulta siempre tendenciosa, enfrentamos la lectura de una manera nada fácil, es decir, entramos de lleno en una conversación plagada de situaciones que proponen un diálogo muy sui géneris por el cual seguimos el curso de los hechos como en la vida diaria: en varios planos y de manera bidimensional, lo cual, desde todo punto de vista, nunca deja una mirada rigurosa o unívoca sobre lo que sucede. De allí que no valga tanto la pena, en cuanto a sintetizar lo narrado, referir de manera lineal una serie de acontecimientos; la vida nunca se porta de tal manera. Más bien, se asiste de manera íntima a la que resulta una historia cercada por la inmediatez y de cierta forma parecida a revisar el curso de la vida en una barriada o en una familia de vecinos a quienes hemos dejado de ver por mucho tiempo y de quienes se nos cuenta luego, y a varias